

# Carlos Monsiváis

# No tengo personaje; yo soy mi biblioteca

Guadalupe Alonso

*Narrador de los avatares políticos y sociales de nuestro país, cronista de nuestra cotidianidad en fuga permanente, ensayista literario, Carlos Monsiváis es uno de los escritores más polifacéticos de nuestras letras. En esta entrevista el autor de Escenas de pudor y liviandad, Las herencias ocultas, entre otros, nos revela sus lecturas, aficiones y secretos.*

*Cuando le fue otorgado a Carlos Monsiváis el Premio Feria Internacional del Libro de Literatura el jurado se refirió a él como “un renovador de las formas de la crónica periodística, el ensayo literario y el pensamiento contemporáneo de México y América Latina”. De ello dan cuenta obras como Amor perdido, Los rituales del caos o No sin nosotros, los días del terremoto, entre una treintena de libros que, sumados a su intensa labor en el periodismo, revelan los alcances de su impulso creador. De muy joven intentó la poesía, pero él mismo confiesa: “Afortunadamente tuve esa tentación muy joven y muy joven dije no, esto no me fue dado. Hay talentos que me fueron negados: uno de ellos es el necesario para llegar a la Presidencia de la República y, otro mayor, mucho mayor, el que se precisa para ser poeta. Entonces desistí”. Sin embargo, en el ensayo y la crónica ha encontrado un medio natural por el que navega con libertad, inteligencia y humor y, por supuesto, con la complicidad de un universo de lectores que trasciende las barreras generacionales. La crónica,*

*destacó Monsiváis en el texto que leyó al recibir el Premio FIL, es “una expresión notable del deseo de narrar la cercanía, lo que es local, lo vulnerable y lo invulnerable de la prosa narrativa que describe lo carente de prestigio internacional (...). Las crónicas le imprimen relevancia a la relación hoy volátil entre periodismo y literatura”.*

*Monsiváis ha emprendido un viaje narrativo a través de los distintos escenarios que componen el gran teatro de la cultura nacional. Siendo un personaje al que se le ha negado la posibilidad de decir “no”, accedió a conversar sobre su proceso creativo ante las cámaras de TV UNAM.*

Uno nunca sabe cuál es el verdadero proceso de su trabajo. Si uno está verdaderamente inmerso en él —y creo que en rigor, en la medida del profesionalismo, todos lo estamos—, se va dando. En mi caso, podría decir que es una conjunción de lecturas de infancia, de incursiones en librerías de viejo que fueron una universidad imprescindible; de la UNAM que cada vez me pare-



ce más una zona de excepción, de milagro en el antiguo sentido de espacio luminoso que de pronto aparece; de lecturas, conversaciones, amigos, revistas, librerías —no de viejo—, es toda una acumulación.

Se trataba de un momento, además, en la década de los cincuenta, en que la lectura parecía algo autosostenible. En la política se vivía un aplastamiento monstruoso y se consideraba que el que uno tuviera tiempo para leer era una graciosa concesión del régimen priista. Entonces nunca se hablaba de política. Uno lo hacía ya en su otra personalidad de activista o de militante, pero no en el sentido cultural en el que hemos visto que ahora todo parece sumergido.

Ahora sí, lo que llaman colorización se da en extremo en el medio cultural, y todo ese conjunto, por un lado la cultura en el sentido humanista tradicional y por otro, la cantidad de ofrecimientos de toda índole que tenía la Ciudad de México incluidos los *cabarets*, hoy a través, me formaron, si es que puedo lanzar una presunción tan extrema.

*En su larga carrera periodística, cuarenta años de labor, Monsiváis ha hecho de este oficio un laboratorio de literatura.* “De niño, según lo refería José Antonio Alcaraz, Monsiváis había sido, con el propio Alcaraz y José Emilio Pacheco, en un programa de radio que dirigía el bachiller Álvaro Gálvez y Fuentes, niño catedrático, es decir, uno

de esos niños oblicuos y un poco tristonos que lo saben todo”. *Lector incansable y de prodigiosa memoria, se nutrió de la obra de notables figuras de las letras mexicanas cuya influencia ha sido definitiva.*

Desde luego conocí a los liberales de la Reforma que yo leía como estrictamente modernos. A Gutiérrez Nájera llegué mucho después y fue primero por la poesía que memorizábamos: “Las novias pasadas son copas vacías, en ellas ve rímos un poco de amor...”. En cambio leer a Ramírez, Altamirano o Zarco en las ediciones que se conseguían en las librerías de viejo era, en ese momento, maravilloso. Luego estaba Novo que era toda una presencia modernista, un desafío a la vez moral y estilístico. Estaba Martín Luis Guzmán a quien uno nunca termina de leer porque cada vez es mejor, es verdaderamente extraordinario. Ahora ve uno *La sombra del caudillo* como un *thriller* de Dashiell Hammett. En aquel momento, leer *El águila y la serpiente* fue para mí excepcional. Desde luego, Oscar Wilde es una universidad en sí mismo. Dice en un pequeño poema Dorothy Parker que cuando en una conversación a uno se le ocurre algo ingenioso puede decir: “Claro, era de Oscar”. Es casi una sentencia. Y así leía lo que iba consiguiendo de los latinoamericanos. En 1955 empecé a leer, mucho más confuso que deslumbrado, *Historia de la eternidad*. Llegar a Borges fue una experiencia transformadora.

En México tres personas fueron definitivas para mí: Alfonso Reyes, a quien íbamos a ver estrictamente en peregrinación. Llegar a su biblioteca era encontrar ya como la Tenochtitlan del conocimiento, para usar una frase que le regalo al periodismo de ahora. Y Octavio Paz que era más reservado, pero de pronto se encontraba poblado de entusiasmos junto con Elena Garro que no era reservada y con Carlos Fuentes que era lo más moderno que uno conocía: su estilo de hablar, su vivacidad, su estar perfectamente al día en todo, sus dones lingüísticos, su conocimiento especializado del mundo, todo en Fuentes en ese momento era deslumbrante.

*¿Cómo se distinguía aquella época frente al vértigo informativo y editorial que existe hoy en día?*

En aquella época no había mercado. Ésa es la diferencia básica. Uno escribía por el placer de hacerlo, por la obligación, el deber, la gana de hacerlo y estaba presente la idea bíblica: “Arroja tu pan sobre las aguas que después de muchos días lo hallarás” —si es que lo hallabas. Uno publicaba el libro o llevaba el ensayo a la editorial y después pasabas por una librería donde de pronto todavía encontrabas la primera edición de 1939 de *Muerte sin fin* de Gorostiza y decías: bueno de qué se trata, cuál es el medio que evita que una edición de quinientos ejemplares se venda el primer día y que posterga dieciocho años el agotamiento de su tiraje. El mercado es la diferencia básica porque ahora se escribe por la

necesidad de promoción, de venta, de incursión mercadológica en algún sistema neuronal y en aquel tiempo uno escribía para ser leído, para los que uno sabía que compartían gustos.

La segunda diferencia es demográfica. La Ciudad de México vence todo intento de reuniones constantes, de conspiraciones a la luz del escrito reciente, no hay modo, es demasiado. Y la tercera gran diferencia es el número, hay muchísimos poetas —bueno para ellos todavía el autoconsumo funciona porque el mercado, por lo pronto, no les ha llegado—, muchísimos narradores, ensayistas, hay demasiadas publicaciones. Hay que pensar en la diferencia de cuando existía la *Revista Mexicana de Literatura*, el suplemento *México en la Cultura* en el *Novedades* el suplemento en decadencia de *El Nacional* y una que otra revista como *América* que por ahí flotaban. Era un medio muy cerrado donde ibas de la Librería Francesa a la Librería Porrúa; del Teatro del Caballito a la Facultad de Medicina a ver alguna puesta en escena de *Voz viva*. No había presentaciones de libros, ésa es una diferencia radical.

*¿Cómo ha evolucionado el periodismo de cara a los retos que impone hoy la prensa y las nuevas tecnologías? ¿Ha dejado de ser un espacio para el ejercicio y la supervivencia de la buena literatura?*

Los periodistas se hacían, como se dice, en la universidad de la vida. Incluso los que eran abiertamente priistas en el sentido más encanallecido del término, se les llamaba porros de la universidad de la vida. Todo transcurría a la vista. Después vienen las escuelas y facultades de información y por lo menos el cincuenta por ciento de los que trabajan en periódicos, revistas, canales de televisión, etcétera, han pasado por la carrera de comunicación. Eso ya da otro tono porque actualmente en las escuelas de comunicación la estructura no importa, no forma parte de las ambiciones ni de los deseos ni de los programas de estudios. Si quieren escribir está bien, pero aquí no se enseña a escribir y eso tiene su lógica porque a la mayor parte no le interesa el periodismo escrito sino la televisión, lo que ha contribuido a un descenso de la intención literaria.

A eso habría que añadir algo que me resulta también muy evidente: la tecnología te facilita la información, pero no te concentra en la forma, la forma queda a un lado porque todo fluye, el navegar es una incursión donde lo que importa menos es cómo se escribe.

Ahora se informa más, se informa demasiado. Ahora saber qué está pasando exige que una persona se multiplique como una cuadrilla de lectores y espectadores.

*En el libro Nada de lo mexicano me es ajeno. Seis papeles sobre Carlos Monsiváis, Adolfo Castañón apunta: “Nacido en 1938, Carlos Monsiváis pertenece, con José Emi-*

lio Pacheco y Sergio Pitol, a una generación que vivió su infancia en la guerra y su adolescencia en la Guerra Fría (...). Tal vez debiera enmarcarse bajo la sombra de la guerra su perfil ideológico, la perseverancia de su dualismo, el clima de asedio que impregna su óptica y su visión de la cultura”.

La Guerra Fría fue un fenómeno con el que me encontré desde niño porque los cómics que difundía el *International Service* tenían mucho éxito. También los había patrocinados como el *Halcón negro*, *The black hawk*, que era la maravilla en cuanto a cómic. Lo hacía Will Eisner, uno de los grandes creadores del género, y circulaba con muchísima fluidez. Entonces en la primaria y la secundaria yo leía cómics anticomunistas y veía películas anticomunistas y oía todo el tiempo la propaganda anticomunista que se exagera en la década de los cincuenta con el arresto del Cardenal Wyszyński en Polonia. Esto fue para la Iglesia católica la señal del franco enfrentamiento con el comunismo.

Y luego estaba el *Reader's Digest* que era como una biblia de la Guerra Fría. Por cierto, Susan Sontag tiene razón cuando señala que lo que decía el *Reader's Digest* sobre lo que sucedía en los países socialistas era una utopía, en realidad era infinitamente peor. La Guerra Fría te influye en la medida en que ser de izquierda entonces se consideraba como una actividad política y mentalmente subversiva.

Me acuerdo como un episodio de humor involuntario de algo que fue real: nos invitan a la XEQ a un programa sobre el poeta peruano César Vallejo. Comen-



© Rogelio Caltzer

# Ser de izquierda se consideraba una actividad política y mentalmente subversiva.

zamos a hablar, a decir que Vallejo es extraordinario, etcétera, y cortan el programa porque el censor creyó que estábamos hablando de Demetrio Vallejo, el líder ferrocarrilero que estaba en ese momento en la cárcel. Yo nunca olvidaré el estupor, el pensar en esos niveles de ignorancia y en esa índole persecutoria. La Guerra Fría influye muchísimo porque te acerca lo que pudo haber sido una discusión importante sobre las posiciones de izquierda. La izquierda queda segregada, la derecha segregada también, la derecha más evidente es de fundamentalistas e integristas y queda un centro vacío que hace que el debate no exista.

*A lo largo de estos años has tocado temas que han propiciado el debate: la diversidad, el laicismo, la tolerancia. ¿De dónde surge la necesidad de colocar lo marginal en el centro?*

En esa época, aunque parezca rarísimo, el gran defensor del laicismo es Martín Luis Guzmán. Él publica una colección de pensadores de la Reforma en la revista *Tiempo* y mantiene una línea de crítica magnífica hacia la intolerancia. Y es como la excepción porque nadie quiere tocar esos temas. Era un medio ascético. Yo tuve un error de adolescencia y juventud del que no me arrepiento pero que no me envanece, mi pertenencia a la Juventud Comunista y después al Partido Comunista. Esto no me volvió marxista ni tampoco me hizo particularmente adepto al sistema socialista que desde la invasión de Hungría me pareció francamente un horror, pero sí me hizo consciente de que el socialismo, un socialismo democrático con actitudes libertarias, era la única salida en un país como México, marcado tan drásticamente por la desigualdad.

En ese tiempo no se podía hablar de la diversidad, eso no se concebía. Se podía hablar del respeto a las libertades, pero no se hablaba de derechos humanos. Y es que el cambio de lenguaje ha sido rapidísimo. En treinta años tenemos un idioma político, social y cultural completamente distinto. En 1968 no se hablaba todavía de derechos humanos. Se empieza a hablar de diversidad y, a propósito de la participación de los indígenas en 1982, por primera vez se usa la palabra pluralidad para describir a México, y así el lenguaje se va expandiendo sucesivamente.

A mí me empezó a importar el tema de la diversidad a fines de la década de 1960 y luego ya más claramente vi que me importaba personal, política y culturalmente,

pero era un tema. Acabamos de ver hace unos días la aprobación de la Ley de Sociedades de Convivencia, eso simplemente no se hubiese concebido entonces. No es que hubiera sido rechazada, es que no se habría concebido, las palabras se hubieran ahogado en sí mismas, no había forma. Lo inconcebible, que ahora es lo concebible y lo que evidentemente va a funcionar, te marca otro tiempo y en el otro tiempo, la idea de modernidad y la americanización son la diferencia.

*¿Cómo recoges ahora lo que se ha logrado en esas batallas?*

En lo personal con cierto gusto de ver cómo aquello que tanto se negó se ha impuesto, es decir, aquí uno tiene que felicitar de vez en cuando a la realidad. La realidad ha hecho cosas que uno jamás hubiera logrado. Hay un avance que se da naturalmente y que antes era impensable. Era impensable que pudieses criticar al Presidente de la República. Hoy es impensable que lo puedas felicitar. Es decir, han cambiado muchísimo las cosas y creo que eso es bueno. El presidencialismo, esa ideología del poder máximo, yo creo que se acabó. Ahora entramos en una relación que se va haciendo cada vez más normal, pese a todo, con los poderes; entras en una actitud de crítica que es tu derecho ciudadano y los gobernantes entran en una actitud de tener que oír, que es su deber político. Esa combinación de derechos ciudadanos y deber político que todavía no se clarifica, va a continuar y se va a enconar porque no queda otra. Los prejuicios que habían normado la vida mexicana no digo que desaparezcan, pero sí se han visto arrinconados. Hay cosas que de cualquier modo desalientan: la violencia intradoméstica. No puede ser que el cincuenta y dos por ciento de los hogares, según coinciden distintas estadísticas, todavía padezcan violencia intradoméstica. Eso rompe tu esquema optimista. La prepotencia del patriarcado y la persistencia del machismo están ahí y eso también ha derivado —no como una respuesta directa pero sí como una respuesta indirecta—, en una literatura hecha por mujeres que es cada vez más importante. De hecho, el número de lectores existentes se ha ampliado con las mujeres.

*En los últimos años has insistido particularmente en el tema de la educación laica.*

La laicidad ya no la detiene nadie y todos se van a tener que dar cuenta. El año 2006 me pareció un año de

una rendición involuntaria y casi inconsciente pero muy graciosa. ¿Quiénes elogiaron a Juárez? La izquierda algo; el gobierno capitalino bastante; la UNAM... Pero de pronto hay otros elogiadores como el Cardenal Prímado Norberto Rivera que dice: “Benito Juárez hizo mucho por el pueblo de México y hay que recordarlo”, —no dijo con cariño, pero dijo: hay que recordarlo con aprecio. ¡Lo dice el representante de la institución que más combatió a Juárez! ¿Qué dice el candidato del PAN Felipe Calderón? “El PAN reivindica la herencia de Benito Juárez”, y así sucesivamente. Entonces, que los enemigos históricos se vuelvan tu comité de apoyo, puede ser un fracaso. Lo que es evidente es que cuando Juárez separa la Iglesia del Estado, entonces todavía era en singular, y al proponer las libertades, al instaurar la libertad de cultos, se dio paso a la modernidad en el sentido de la ampliación mental al arbitrio y a las posibilidades de cada quien.

*En tu obra destacan crónicas, biografías y ensayos de personajes cuyas vidas están marcadas por la excentricidad: Jorge Cuesta, Salvador Novo, Frida Kahlo, entre otros. ¿Qué te acerca a estas vidas singulares?*

Yo no me siento excéntrico en la medida en que una biblioteca o una videoteca no se pueden sentir excéntricas. Me identifico mucho con esas posiciones fundamentales. Creo que lo excéntrico marca algo que es muy claro: Que en las sociedades más conformistas, más crispadas por el sometimiento, si eres creativamente responsable o eres imaginativo o tienes valor civil, aún es posible vivir como te da tu gana.

Vivir como te da tu gana es algo que se oye fácil y que suena casi a bravata de cantina, pero es muy difícil, porque vivir como te da tu gana implica primero educar tu gana, no hacer de tu gana lo que quieras. Vivir como te da tu gana no es ser cacique de pueblo ni presidente municipal de la frontera. Vivir como te da tu gana es saber que tu gana es la forma más responsable y más creativa que está a tu disposición. Y en ese sentido Frida Kahlo es el ejemplo máximo. Frida Kahlo se da el lujo portento de hacer de su sufrimiento el espectáculo donde a ella no la va a compadecer nadie. Frida Kahlo huye de la compasión circundante representándose en el martirio y en el júbilo de la representación. No porque ella no padezca el dolor sino porque no desea que la compadezcan.

Novo es *gay* y eso lo lleva a unos límites de enfrentamiento que me parecen únicos. Recuerdo que en el año 1965 estábamos en una cena en casa de un ex secretario de Estado, uno de cuyos hijos fue después Presidente de la República, y entonces vi que Novo se polveaba y le pregunté: “¿Por qué maestro?”. Contestó: “Porque ya se estaban desacostumbrando a que los provocara”. Eso me pareció que tenía sentido. Otras cosas, me parece, no tienen sentido pero eso sí: crear un personaje, atenerse a las reglas de ese personaje y respetarlo en sus términos. Si tú creas un personaje de tí mismo, respétalo en sus términos. Creo que José Alfredo Jiménez se fue al límite, pero de cualquier manera ahí hay un poeta popular extraordinario. Agustín Lara o María Félix llevaron sus personajes a cumbres de exaltación, cada uno era su propia capilla, su catedral alternativa, su club de admirado-



© Rogelio Caltzer

res y eso tenía sentido porque frente al conformismo, la excentricidad representó una alternativa para muy pocos, pero para el resto fue un aliciente o por lo menos un espectáculo de la diversidad. En México la diversidad empieza con un paisaje de excéntricos.

*¿Qué personaje representa Carlos Monsiváis?*

No tengo personaje, yo soy mi biblioteca y ahora mi videoteca. En todo caso mi personaje es alguien a quien se le ha negado la posibilidad de decir no y que si le hablan para una entrevista aunque sepa que no tiene nada que decir, acepta.

*¿Has vivido como te da la gana?*

Básicamente sí.

*¿Has escrito como te da la gana?*

Ah, no. Ahí sí he escrito como le da la gana a mi escritura, ésa es la parte dolorosa.

*Es inevitable hablar de Juan Rulfo a pesar de que el premio que recibiste ha tenido que prescindir de su nombre...*

Lo conocí seguramente en un coctel en el año 1958 o 1959. Yo había leído, confuso y deslumbrado, *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Más confuso que deslumbrado porque en ese momento era una escritura tan radicalmente distinta que no tenía yo el método para entrar a ella. Cuando lo conocí ya había leído por segunda vez *El llano en llamas* y me había dejado verdaderamente trastornado. Entonces me acerqué y le dije maestro, etcétera, toda la declamación de las loas, y me dijo: “¿Cree usted que van a traer más bocadillos?”. Y con eso hundió toda imagen portentosa que yo tenía de él. Pensé que iba a hablar como hablarían los llanos, como hablarían las peregrinaciones crueles donde los adultos se regocijan con la muerte del marido, sin embargo, era una persona extraordinariamente sencilla. Las siguientes veces que hablé con él, me di cuenta de su sabiduría literaria, de la enorme cantidad de novelas que tenía en su haber de lector. Todas las veces que hablé con Rulfo, que fueron bastantes —bueno trabajé con él—, Rulfo me pareció un maestro en el sentido menos esperado. Me informó de muchos autores y me dio a conocer un mundo mitológico al que yo no podía acercarme

por mi cuenta. Todavía no puedo. Los Altos de Jalisco, la costa, todo lo que era Paz Vizcaíno, este cacique que después retrató tan mal Agustín Yáñez. Contado por Rulfo era absolutamente un prodigio y relatado por Yáñez un oficio burocrático. Pero lo que daba Rulfo siempre era una mezcla de sencillez con erudición y con una potencia crítica que no parece clara, pero era muy despiadado respecto a los libros que iban saliendo y que no le gustaban, la condescendencia no era su fuerte.

*¿Cómo fue tu experiencia al trabajar con Rulfo?*

Bueno, en mi caso trabajar siempre es una metáfora, así es que tengo que refuncionalizarla, como decían. Empezaba *Voz Viva de México*. Jaime García Terrés tuvo un instinto formidable para llamar a los mejores intelectuales y llamó a Rulfo a *Voz Viva de México*. Le tocó la primera etapa de las grabaciones de Alfonso Reyes, de Jaime Torres Bodet, de Novo, de Carlos Fuentes, que es quizá la mejor. Un día hablé con Jaime y me preguntó que por qué no trabajaba yo en *Voz Viva*. Acepté y mi encargo era ir a las grabaciones y sugerir una o dos cosas tímidamente. Yo procuraba hablar en voz baja para que no me oyeran y no me regañaran, sobre todo el doctor Atl que fue implacable conmigo. Llegaba y le decía a Rulfo: “Juan, ya está la grabación”. Y respondía: “Qué bueno. Ya leíste a...”. Y ahí terminaba el diálogo. Luego Juan se fue a todo el periplo del Instituto Nacional Indigenista, donde creo que la pasó muy bien porque refunfuñaba pero estaba contento. Lo seguí viendo y después me nombraron director de *Voz Viva de México*. Tendría yo veintidós o veintitrés años y pensé que era el principio de una carrera que me importaba. A los dos meses las secretarías se reunieron y me dijeron: “¿Por qué no renuncias? —nunca olvidaré esa escena—, hay cosas que no son para ti”.

Me acuerdo que dicté una carta para Cortázar de seis páginas hablando de su literatura para pedirle una grabación, aquello era un disparate. Fui a ver a Jaime para presentar mi renuncia y le dije: “Vengo a presentar mi renuncia porque mi espíritu burocrático es de otro orden”. Algo así le dije. Y Jaime me respondió: “¿Por qué hasta ahora?”. No sabes lo que me dolió. Y allí acabó una carrera burocrática que quizá me hubiera llevado a una Secretaría de Estado.

Si eres creativamente responsable  
o eres imaginativo o tienes valor civil,  
aún es posible vivir como te da tu gana.

*¿Qué secretaría te hubiera gustado?*

Yo siempre he elegido Hacienda, pero si no se hubiese podido por lo que fuera, entonces la Secretaría de Pesca.

*Estuviste a punto, ¿no?*

Estuve a punto...

*Hablando de burocracia, en tu columna “Por mi madre bohemios”, has perfeccionado el oficio cotidiano de rectificar a los depredadores del lenguaje.*

Si algo te da ese trabajo es un entrenamiento para lo que llaman ahora análisis del lenguaje. Al leer, localizo de inmediato los puntos débiles. Ya se me volvió una segunda naturaleza o una segunda falta de naturalidad. Te entrena para ir al fondo de una sintaxis con mucha rapidez, te entrena para encontrar lo risible, escondido en la grandilocuencia o en la pomposidad, te entrena para ver cómo la disminución en la sintaxis es también la correspondiente desatención a lo que se supone que están haciendo.

Cuando el jefe de las juventudes de la CTM, un señor que llevaba treinta y cinco años como jefe, dice: “En la CTM somos más marxistas que el papa”, dije: “Ésta es una joya invaluable, no puedo de modo alguno desperdiciarla”. O cuando el Obispo Felipe de Jesús Cueto de Tlalnepantla, para refutar las demandas de despenalización del aborto, dice: “Si el aborto se hubiese aprobado en la época de Nuestro Señor Jesucristo, tal vez éste no hubiera nacido”. Cuando dicen eso, pienso: “No puedo permanecer indiferente a este prodigio”.

*¿Crees que la corrupción del lenguaje es directamente proporcional a la corrupción de un gobierno? ¿Te da una idea del tipo de sociedad que somos?*

Te da una idea clara de qué tipo de sociedad habla y qué tipo de sociedad es. Lo otro ya no es tan claro porque casi todos han perdido la capacidad de expresarse. La articulación es lo que dejó de estar de moda. En una época, aunque no dijeran nada eran supremamente articulados. Yo los oía con pasmo y decía: “Bueno, este señor lleva cuarenta minutos de no decir absolutamente nada, pero su sintaxis es perfecta”. Esa suerte de gemas del vacío verbal de algún modo te entretenían. Lo de ahora es el desastre. No quiero poner un ejemplo porque está en la mente de todos, pero nunca nadie había atendido contra el idioma con un terrorismo tan perfecto.

*Por otro lado, el cine es, además de la literatura, una de tus grandes pasiones.*

Es una prolongación de la literatura, estrictamente porque pertenezco a una generación o a una forma cultural que vio el cine a través de la literatura. Ahora ven el cine a través del cine, el cine ha generado una tradición tan fuerte, tan equiparable a la literatura que lo

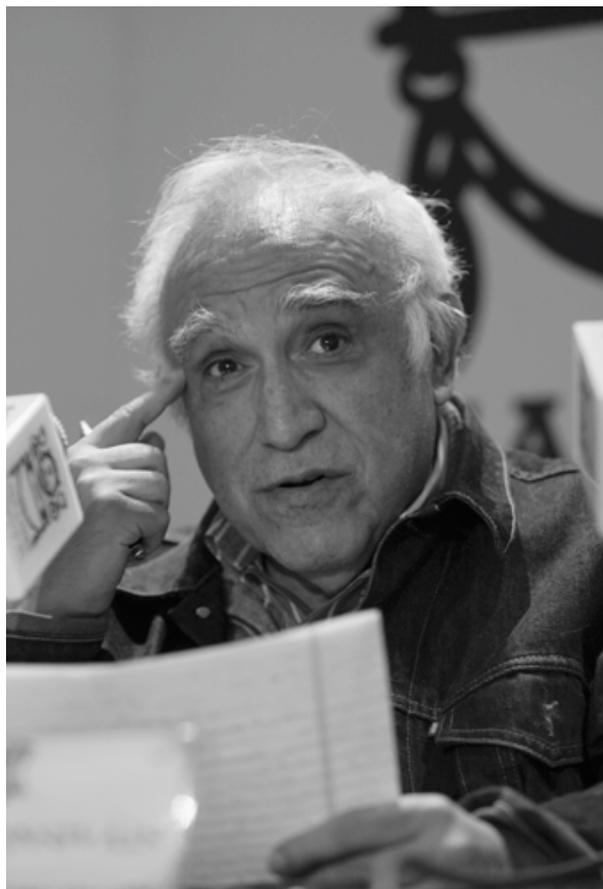
notas. En cualquier reunión, después de que agotan el tema de las películas, quizás alguien caiga en el tema de los libros, pero el común denominador de los entusiasmos es el cine.

Lo que el cine me dio fue la manera de ir agregándole a lo que leía, la poesía de las imágenes tal cual. El *film noir*, por ejemplo, me ayudó mucho a entender un tipo de poesía surrealista o la poesía urbana. Esas películas de callejones sombríos, de golpizas en departamentos al parecer de lujo, esa fotografía impresionante del *film noir*, los claroscuros, la profundidad, todo eso tiene que ver, para alguien de mi formación literaria, con los libros.

Hoy en día la referencia tiene que ver con el cine. Cuando ves una película estás pensando en Hitchcock o Scorsese o Tarantino. Yo pensaba en libros, en Jack London o lo que fuera. Para mí el cine significó persistir en mi formación literaria hasta donde eso resultara posible y ayudarme, sobre todo en el caso del cine mexicano, con la taxonomía de mis vecinos, de mis amigos, de mis conocidos. A todos les veía cara de extras y eso me ayudó.

*¿Dirías que junto con la literatura el cine ha sido parte de tu educación sentimental?*

Los dos han sido “mi” educación sentimental. A eso podría agregarle unas tarjetas de san Valentín que nadie me envió porque en aquella época no estaban de moda. ■



© Rogelio Calabró